

Llevaba yo seis años viviendo a la deriva entre depuraciones y despechos y en Marañón encontré mi salvación. Por otra parte, no estaba acostumbrado a ese caballeresco modo de ejercer el magisterio. Obsérvese que era Marañón quién daba las gracias a quien tenía que dárselas a él. Por suerte, su carta se cruzó con una mía y no quedé del todo mal. Pero es que aparte de su gratitud —que entendí como una gratificación especial—, y de sus elogios, que no califico de inmerecidos por no rectificar incorrectamente a Marañón, éste me alentaba a reanudar mi actividad en un centro hospitalario, haciendo «lo posible y lo imposible»..., etc. Con su misiva entreabría mi visión de un sueño que estaba decidido a buscar fuera de España. A la mañana siguiente fui al hospital, le pedí que me autorizara a trabajar con él, y en su Instituto y junto a todos sus antiguos discípulos, aprendí todas las lecciones de medicina, de humanidad, de bondad, de generosidad (¡qué palabra más suya!) que Marañón impartía.

Así conocí, así empecé a colaborar con él y así alcancé a tratar a aquel hombre que, desde entonces, considero como uno de los grandes superhombres que el mundo ha producido.

Ni del Marañón médico a secas, ni del historiador, ni del ensayista, ni del conferenciante, ni del prologuista, ni del multiacadémico, ni del estudioso de Antonio Pérez, del Conde-Duque de Olivares y del Greco y de Toledo voy a ocuparme hoy. Otros muchos lo han hecho desde su muerte y Laín Entralgo de modo exhaustivo. Voy a hablar solamente del Marañón que yo tuve la fortuna de conocer, tratar, recibir sus enseñanzas y apropiarme entronizándolo en mi corazón y en mi mente. Parodiando a Rof Carballo cuando habló de «el hombre a examen» yo soy a someter a *mi* examen al hombre Gregorio Marañón.

La formación del hombre Gregorio Marañón

El hombre Marañón ha sido la culminación, por sumación de estratos sucesivos, de toda una serie de factores hereditarios, genéticos, ambientales, matrimoniales, de aprendizaje personal, etc. Hijo de un hombre con magnífica categoría intelectual y social, que mantenía contacto asiduo con las más altas personalidades de entonces: Menéndez Pelayo, Galdós, Pereda, Amós de Escalante, etc. y de una mujer con raigambres en la intelectualidad gaditana, en plena segunda infancia encontró consejos y orientaciones de los hombres citados para enfrentarse con su innata timidez. ¿Cómo si no, se explica que desde niño, en lugar (o además) de leer el «Juanito» o las novelas de Sherlock Holmes o las revistas que se calificaban de «psicalíticas», se enfrascara en los clásicos latinos y griegos, en Shakespeare, naturalmente en Galdós y Pereda, y nada menos que en la *Historia de Roma* de Mommsen, que es uno de los libros más abigarradamente complejos que se pueden manejar? Desde la adolescencia la lectura por Marañón de cualquier libro se solía acompañar de anotaciones abreviadas en los márgenes, a lápiz, en las cuales traducía su interpretación de los textos y los argumentos con que él mostraba disconformidad. González Ruano me enseñó un libro que Marañón le había prestado, en el que todas las

páginas tenían palabras o frases enteras de Marañón. Yo tengo en mi casa algunas separatas de trabajos que otros autores le habían enviado y que él me remitía pensando que me pudieran interesar, con algunas anotaciones. Cierta día y a propósito de Servet me mostró, en su casa, el capítulo que le dedica Menéndez Pelayo, con notas suyas al margen que, con goma de borrar, suprimió delante de mí. Devoró los *Episodios Nacionales* de Galdós y la *Historia de los Heterodoxos* de Menéndez Pelayo, según aparecía y, para colmo, renunciaba a las distracciones habituales de la adolescencia, menos cuando jugaba al fútbol en un equipo juvenil.

Estudiante de medicina por una vocación autóctona, al parecer sin influencias extrañas (ni en la familia ni entre las amistades de la misma había médicos a quienes emular), él mismo confiesa a Andrés Guilmain que escogió la carrera de medicina «sin mucha vocación», con la misma «gran tragedia que vivimos los sujetos humanos de que hemos de elegir nuestra profesión o destino social a una edad en que la vocación —que es, en su fondo biológico, aptitud— no ha madurado todavía; y decide nuestro porvenir el consejo de cualquiera, o la simple imitación de un amigo, o la tradición familiar o el mandato del padre o cualquier otro motivo no menos azaroso y no menos ajeno a la genuina vocación aún dormida. Tal vez influyó en mi decisión el prestigio social que la literatura de la época daba a la figura del médico». Toma de sus maestros, como se deduce de sus confesiones, cuánto de bueno o digno de admiración éstos le inspiraban. Vencedor, pronto, de sus únicas oposiciones al Hospital General de Madrid y habiendo recibido en 1908 el Premio Martínez Molina, que antes solamente se había concedido a Cajal, acabó siendo el médico más genial de los últimos cien años. Doctor Honoris Causa, más tarde, por las Universidades de Oporto, Coimbra, París, Roma y Milán, fue el único hombre de Europa que simultaneó el ser Miembro Honorífico de la Royal Academy of Sciences, de Inglaterra, del Institut de France y de l'Académie Française de Sciences Morales et Politiques (...aunque, como es lógico, en la española de Morales y Políticas tampoco le eligieran...) y de cinco Academias españolas, sin haber nunca solicitado, directa ni indirectamente, ninguno de esos honores. Y los mereció siempre, Marañón, supo extraer de todos los minutos de su mundo lecciones y méritos para llegar a ser lo que fue. (Para colmo, y en el aspecto genético, es el superviviente de un parto gemelar univitelino... ¡quién sabe si almacenando en su cerebro la sustancia gris de su frustrado hermano!)

Gestación de la personalidad de Marañón

En Gregorio Marañón hay que aceptar, por lo ya comentado, que la vocación intelectual fue anterior a la vocación médica o profesional; y que aquélla contribuyó a dar reciedumbre a ésta. Laín Entralgo en su completísimo estudio sobre Marañón se planteó con curiosidad las razones por las cuales éste eligió los estudios de medicina, cuando sus antecedentes ambientales ofrecían motivos para otras elecciones y alcanza conclusiones muy verosímiles. Marañón se hace médico, y con su tesis doctoral, doctor, y a seguido obtiene por oposición un servicio del Hospital General de Madrid en el que arraiga firmemente. Allí puede desarrollar sus proyectos, y renuncia para el futuro a opositar a otras plazas de más alta categoría social. Hombre con materia de creador

no necesita plataformas para crear. Y allí, en su servicio hospitalario, crea un Instituto de Patología Médica a su personal estilo que supera en todo a cuantos servicios universitarios había entonces.

¿Por qué, quien tenía a sus espaldas y en su cerebro tan variados residuos culturales de su adolescencia, en esos años de juventud médica todavía no ofrece testimonios de desviación por terrenos extramédicos? Marañón sigue rectilíneamente la trayectoria médica que había emprendido... Un repaso de la bibliografía marañoniana permite advertir este detalle: Que sus publicaciones entre 1909 y 1920, incluidas sus aportaciones a Academias, es decir, todas las realizadas en sus primeros once años de actividad profesional, son únicamente médicas. Sólo en 1920 y en ocasión de la muerte de su gran amigo y querido cliente don Benito Pérez Galdós publica en *El Liberal* un artículo necrológico. Y pasan otros cuatro años, hasta que, en 1924, en la *Revista de Occidente* publica su discutida «Biología de Don Juan»; dos años más tarde, en 1926, su libro *Tres ensayos sobre la vida sexual* en el que recoge un curso de conferencias del año anterior en el Ateneo; y en 1927 sus primeras connotaciones a la pintura del Greco y el estudio sobre el caballero Casanova. Y aunque en estos trabajos la cualidad que los matiza es médica, en ellos empieza a marcarse el ulterior polifacetismo paramédico y extramédico de Marañón. Asimismo en 1927 y estando en la cárcel de Madrid por decisión dictatorial ante una posición política, traduce y prologa *El Empecinado visto por un inglés*, que es su primera obra verdaderamente no médica. Siguen una larga serie de obras de contenido médico, cultural y social y, tres años más tarde, aparece el gran ensayo histórico sobre Enrique IV, también éste con interpretaciones realmente médicas.

Otro dato digno de mención para comprender la formación médica de Marañón: En el primer año de profesión, 1909, publica siete trabajos médicos: en 1910, cinco; en 1911, su tercer año de médico, treinta y cuatro, con muchas comunicaciones a Academias, y su tesis doctoral; doce en 1912, diecisiete en 1913; nueve en 1914 y un libro que hizo historia, la primera edición de *Las glándulas de secreción interna y las enfermedades de la nutrición*, éste con gran repercusión internacional; nueve en 1915, pero entre ellos destaca otro excepcional libro, *La doctrina de las secreciones internas*, que también tuvo gran resonancia en el mundo médico, europeo y americano, de entonces, y su primer prólogo a otro autor. Seis en 1916 y ocho en 1918 con su segundo prólogo; quince en 1919; etc. Y la traducción en Norteamérica e Inglaterra de *La edad crítica*, libro éste que fue vertido después a casi todos los idiomas del mundo. La mayoría de estos trabajos fueron publicados en Francia, Inglaterra, Estados Unidos, Alemania, Italia, Hungría, etc. Algunos artículos de los publicados en 1919 y 1920 ya son biográficos o de crítica humanística (Madame Curie, P. Duval, Dr. de Sard, Pérez Galdós, etc.). Resumiendo, empieza a cogerle el gusto a escribir sobre todos los problemas intelectuales y extramédicos, diez años después de acabar la carrera. Y lo hace por esa vocación intelectual y humanística que precedió a la formación médica y que un día u otro tendría que aflorar.

De todos estos hechos se obtienen tres deducciones: Primera, que en sus diez primeros años de ejercicio profesional publicó nada menos que ciento dieciséis trabajos médicos; muchos más de los que entonces habían publicado todos los catedráticos de Patología Médica de Madrid durante el decenario. Segunda, que en ese décimo año de